



- 1 Nico quería un hámster. Llevaba meses soñando con tener uno,
2 pero su madre se negó desde el primer momento.
3 –Ratas en mi casa, no –dijo.
4 –¡Pero si no es una rata, mami! Es un háms-ter, h-a-m-s-t-e-r –deletreó
5 Nico, intentando que su madre apreciara la diferencia.
6 –Primo hermano de las ratas –contestó ella inflexible–. ¡He dicho no!
7 –Estará en mi cuarto, en una jaula. Tú ni lo verás, mami. Yo lo cuidaré.
8 –Tu cuarto está en mi casa y en mi casa no entran ratas. ¿Entendido?
9 –¡Entonces viviré en la azotea con mi hámster!
10 –La azotea también está en mi casa.
11 –¡Pues viviré en la calle con mi hámster! –amenazó Nico, enfadado.
12 –¿De qué vivirás?
13 –Mi hámster y yo seremos artistas. Él hará equilibrios en un alambre
14 y dará vueltas en una noria. Yo tocaré la trompeta. ¡Seré millonario!
15 –Muy bien, puedes irte.
16 –¿Ahora?... Ahora, no. ¡Aún no tengo el hámster!
17 Nico creía que los hámsteres eran los animalitos más tiernos, adorables
18 e inteligentes del mundo. El chico tenía grandes planes para su futura
19 mascota: estaba convencido de que un hámster en sus manos podría
20 convertirse en todo un artista circense.

Nico lo había intentado todo para convencer a su madre: había estado tres días sin hablar, se había manifestado en el pasillo de su casa con una pancarta y hasta había protagonizado una cacerolada. Su madre le prohibió que viera las noticias de la tele.

–Te dan demasiadas ideas –dijo.

Pero Nico era un chico de recursos. Como su cumpleaños estaba próximo, había llamado a todos sus familiares y, tapándose la boca con un pañuelo, imitaba la voz de su padre y decía:

–¡Hola! Soy Juan, el padre de Nico. Te invito al *cumple* de mi hijo. Solo tienes que regalarle un hámster. ¡Adiós!

Todos descubrían que era Nico el que llamaba y le contaban la ocurrencia a sus padres. Alguno de sus tíos intentó convencer a la madre de Nico de que aceptara el hámster. Pero ella contestaba imperturbable:

–Ratas en mi casa, no.

Nico cumplió diez años y tuvo muchos regalos. Pero hámster... ninguno.



Esa mañana, mientras desayunaba, Nico oyó a la abuela decir que había llegado al pueblo un titiritero que vendía cosas extrañas.

—¿Titiritero? ¿Qué es eso, abuela?

—Un titiritero es como un saltimbanqui. Aunque este parece más bien un farandulero estrafalario.

¡Vaya explicación! Nico no había entendido ni una palabra, pero no quiso insistir. Solo necesitaba saber que aquel señor no era peligroso, pues había decidido visitarlo.



El señor Poss vio llegar a Nico y le hizo un gesto para que se acercara.

—Adelante, chico. Tengo justo lo que deseas.

—¿Y cómo sabe lo que deseo? —preguntó Nico desconcertado.

—Lo llevas escrito en tu frente. Compruébalo.

Nico fue a mirarse en el espejo retrovisor de la furgoneta y casi se desmaya cuando vio la palabra «hámster» escrita en medio de su frente.

—¿Cómo lo ha hecho? ¿Es usted mago?

El señor Poss le respondió que él solo era vendedor ambulante de deseos y lo invitó a subir a la furgoneta.

—Encontrarás tu deseo en la estantería de la derecha, en la segunda balda, dentro de una caja dorada.



Nico subió y se quedó boquiabierto. La parte trasera de la furgoneta era una enorme sala con suelo de mármol y lámparas de cristal. Dos hileras de estanterías repletas de cajas de todos los tamaños y colores cubrían las paredes. Al fondo había un mullido sofá de color rojo y, en el centro, varios sillones dispuestos alrededor de una gran mesa. ¡Increíble! ¿Cómo podía caber todo aquello en una simple furgoneta?

Nico decidió bajar para comprobar el tamaño real del vehículo. Dio un par de vueltas alrededor de la furgoneta, pero no encontró nada raro.

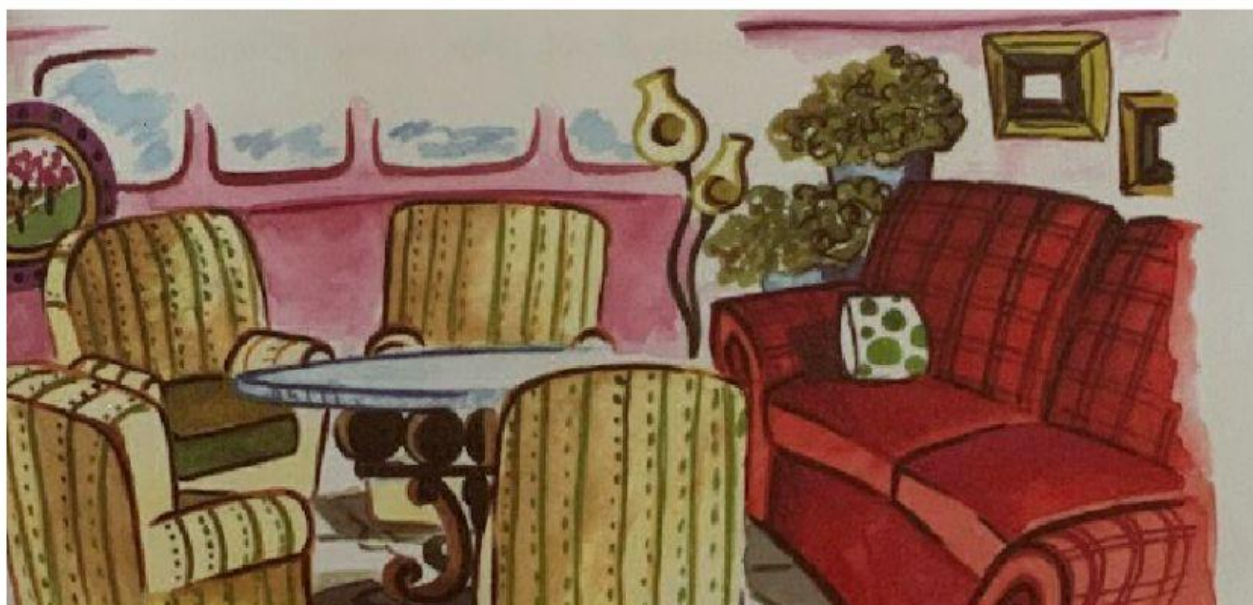
—¿Algún problema, chico? ¿No encuentras tu caja? —le preguntó el señor Poss desde arriba.

Nico alzó la cabeza y descubrió al señor Poss sentado en el techo de la furgoneta. Estaba haciendo punto o al menos eso parecía, porque movía las agujas, pero el ovillo de lana no se veía por ningún sitio.

—¿Quién es usted? ¿Un brujo? ¿Un alienígena? ¿Cómo ha hecho lo de ahí dentro? Y... ¿por qué teje sin lana?

—Veo que tienes preguntas, que deseas saber. Bien, entra de nuevo en la furgoneta y encuentra tu caja. Cuando salgas, te responderé.

Nico no tuvo dificultad en encontrar su caja pues, aunque había varias doradas, una llevaba escrito su nombre en letras luminosas. Emocionado, la cogió y comenzó a abrirla. De repente, algo salió disparado del interior de la caja. Sobresaltado, el niño retrocedió, tropezó con un mueble y cayó al suelo dándose un buen culazo.





Aún estaba en el suelo cuando la cabecita de un hámster, tocada con una chistera, apareció ante él.

—¡Vaya un recibimiento, colega! —dijo el hámster con una vocecilla aflautada.

Nico, incapaz de articular palabra, se levantó sin apartar los ojos de aquel ser que, además de la chistera, llevaba una chaquetita de rayas rojas.

—¡Vamos, vamos! —le animaba el hámster—. No tenemos todo el día.

—Pe... pe... pero... ¿quién eres?

—Soy tu hámster. Justo lo que tú querías. Canto, bailo, hago trucos de magia y estoy dispuesto a aprender todo lo que me enseñes.

—¡Genial! —aplaudió Nico, totalmente entusiasmado—. Te llamaré «El gran Arturo». ¿Vale?

—Puedes llamarme como quieras, chaval. ¿Nos vamos? ¡El mundo nos espera ahí fuera!

Nico dudó un momento. El gran Arturo quiso saber qué pasaba.

—Si te llevo conmigo tendremos que vivir en la calle porque mi madre no te quiere en casa —dijo Nico.

—Tranquilo, chaval. Soy tu deseo. Solo tú y quien tú quieras podrá verme.

Con el corazón a punto de estallarle de alegría, Nico guardó a Arturo en la caja y bajó de la furgoneta. Estaba deseando llegar a casa.

El señor Poss seguía sentado en el techo tejiendo algo invisible.

—¡Señor! He encontrado mi hámster, es increíble. Estoy tan... tan contento que quiero gritar. ¡Mil gracias!

—¿No olvidas algo? —le preguntó el señor Poss.

Nico se dio cuenta de pronto: ¡el precio! No habían hablado del precio. ¿Cuánto podía costar un hámster tan especial? Él solo tenía dos euros en su hucha. No podría pagarlo. Con pesar, dejó la cajita dorada en la escalera.

—¿Qué haces? No me refería al dinero —el señor Poss había leído el pensamiento de Nico—. No puedes pagar por una cosa que te pertenece.

—¿Está seguro?

—Como que dos y dos son ocho. ¡Huy, perdón! Cuatro, ¿o son cinco? Me refería a que olvidabas tus preguntas... —dijo el señor Poss.

Pero a Nico, que había cogido de nuevo su caja y la abrazaba, ya no le importaba quién era el señor Poss ni de dónde había salido.

—¿No quieres saber nada más? —insistió el señor Poss.

—Solo una cosa, señor... ¿Por qué teje sin hilo?

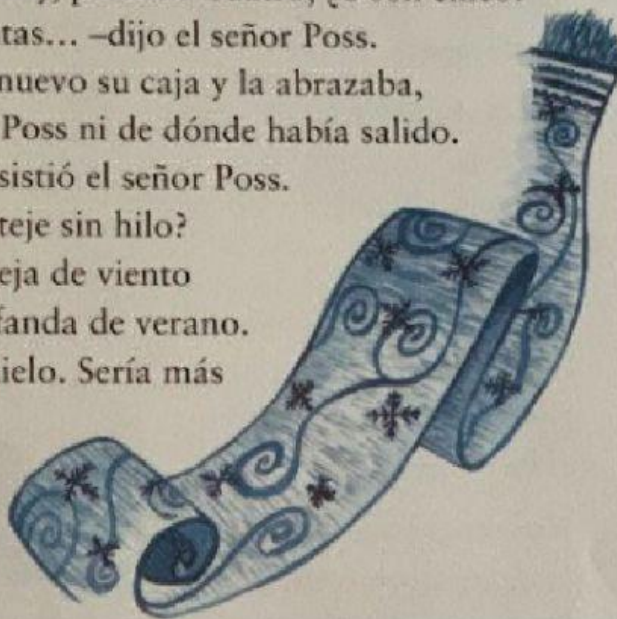
—¡Ah! Sí que uso hilo. Es una madeja de viento del Norte. Me estoy haciendo una bufanda de verano.

—Debería usar algunas hebras de hielo. Sería más fresquita. ¿No cree?

—¡Buena idea! Lo haré.

—¡Adiós, señor Poss! Y gracias.

—¡Adiós, Nico!



1. Termina de enumerar los renglones para poder responder a las preguntas que se te hagan.

- Para enumerarlos, no es necesario poner el número al lado, ya que al hacerlo de un modo digital, te costaría hacerlo, solo cuéntalos y lo pones en cada pregunta.

2. Busca en la lectura:

- Una palabra aguda: se encuentra en el renglón:.....
- Una palabra aguda con tilde:..... se encuentra en el renglón:.....
- Una palabra llana:..... se encuentra en el renglón:.....
- Una palabra llana con tilde:..... se encuentra en el renglón:.....
- Una palabra esdrújula:..... se encuentra en el renglón:.....



En la lectura no aparecen DEMOSTRATIVOS, di a cuál de ellos se refiere:



Busca algún sufijo:..... se encuentra en el renglón:.....

Busca algún prefijo:..... se encuentra en el renglón:.....

¿Por qué el texto no es una NOTICIA?

.....

.....

.....